

CONCHA BLASCO Y LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Concha Blasco forma parte de una muy conocida familia zaragozana. Vivió en el Paseo de Sagasta y se educó en el vecino colegio del Sagrado Corazón del que conserva la consabida letra picuda modelo “Sacre-Coeur”. Cursó su carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza entre 1961 y 1966, compartiendo clase con alumnos que luego fueron ilustres profesores, como Guillermo Fatás, en Historia Antigua, o José Carlos Mainer, en Literatura Española.

Sus compañeros la definen como “una compañera estupenda, inteligente, trabajadora, seria, competente y con un fino sentido del humor, que mantiene”. Orientada su vocación hacia la Prehistoria, leyó su Tesina sobre “La figura humana, en el arte levantino” sobre la cual publicó un extenso e interesante artículo en 1981, en el *Altamira Symposium* y por el que obtuvo el premio García Arista.

Durante su etapa de estudiante, en 1965, obtuvo, junto a Fatás, una beca de la Universidad de Amsterdam para excavar el yacimiento de cabañas neolíticas de Drakenstein, en Amersfoort, bajo la tutela del profesor W. Glasbergen, donde aprendió técnicas de excavación por capas, conservación de suelos y rudimentos de palinología.

Ya Licenciada y tras impartir clases de Secundaria en un Instituto del Barrio Oliver, se incorporó al Seminario de Prehistoria y Protohistoria, recién creado por Antonio Beltrán, como “Ayudante de cátedra”, puesto que ocupó entre 1966 y 1972. Ello llevaba consigo sustituir en las clases al profesor cuando se necesitara, es decir, a las 9,30 le llamaba Beltrán y le decía algo así: “Hija, tengo reunión de Junta de Facultad. A las 10 explícales a los de Numismática las monedas de Siracusa; a las 11, a los de Prehistoria, el Tito Bustillo y a las 12, a los de Epigrafía, el *Cursus honorum*”. Y eso te prepara mucho para la vida.

Durante su estancia en el Seminario participó en muchas excavaciones prehistóricas, dirigidas la mayoría por Ignacio Barandiarán. Entre ellas, los yacimientos musterienses de la Eudoviges de Alacón y Los Casares (donde no olvidará los flanes elaborados con queso de cabra); o los campaniformes de la cueva de la Mora de Somaén o de la Atalayuela de Agoncillo, excavaciones éstas que le formaron para su actividad posterior en los alrededores de Madrid sobre yacimientos calcolíticos. Según cuentan sus directores, excavando era “seria, minuciosa y muy trabajadora”. Personalmente conservo el recuerdo de una excursión a la cueva campaniforme de los Encantados de Belchite donde estuvimos las dos dando vueltas por la estepa bajo una lluvia torrencial, sin poder localizar la boca que se abría en el suelo, ya que los que estaban excavando se habían refugiado en el interior de la cueva. El catarro que pillamos como consecuencia de los vaqueros mojados nos duró mucho tiempo.

Una vez trasladada a Madrid, seguimos en contacto con ella ya que solía visitar el Departamento en sus viajes familiares a Zaragoza. Todavía recuerdo la aventura de su oposición a adjunta que simultaneó con el parto de unos de sus hijos. En aquellos tiempos en que las oposiciones eran muy duras y con varios ejercicios, el Tribunal les entregó la lista de los temas que tenían que preparar en una semana. Concha había salido de cuentas y prefirió ocupar ese tiempo en parir a su hijo. Sus amigos nos repartimos los temas a preparar. A nosotros nos tocó el Musteriense y ella aprobó brillantemente su examen. Nunca llegó a marcharse del todo de Zaragoza. Siempre la sentimos como muy nuestra.

Pilar Utrilla

Catedrática de Prehistoria
Universidad de Zaragoza